



MEMORIAS DE LA GUERRA

ENRIQUE LOYNAZ
DEL CASTILLO



F
1786
.L88
1989

HISTORIA DE CUBA



INDIANA UNIVERSITY
LIBRARIES
BLOOMINGTON

EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1989

rah

Al llegar, en la Avenida Central, a la esquina donde hoy está el Banco del Canadá, una multitud como de cincuenta españoles nos cerró el paso. El señor Chapresto —el encargado de mi insignificante persona— se me acercó... —“¿Usted es el señor Loynaz del Castillo?” —“Para servirle”. —Entonces dijo: —“Haga el favor de oírme, aparte, dos palabras”. Le seguí; con mi mano izquierda tomé el brazo derecho de él, previniéndome así contra la segura agresión. En tanto, traté de sacar mi revólver; pero me estorbó el abrigo, inadvertidamente abotonado, lo que dió lugar a que el movimiento fuese notado por los suyos, que le gritaron: “Qué te mata”. Díjome él: —“Estoy desarmado; no tire”. Pero, de fuerte sacudida se me escapó, y me hizo fuego inmediatamente, a tiempo que otros también disparaban, desgarrando con sus balas mi agrigo. Antes de contestar con mis disparos vacilé dos o tres segundos por evitar, si posible, que mataran al general Maceo, que en alta voz decía: “Esa policía ¿qué hace?” Y a la voz acercábase él —en aquel segundo de suspensión de los disparos— a traerme a la acera donde estaban los cubanos.

Inmediatamente oyéronse voces: “¡A Maceo! ¡Tíradle a Maceo!” Y estallaron de nuevo los disparos; de un lado los españoles y del otro Pepe Boix, Adolfo Peña y yo respondiéndome con nuestros revólveres.

Inclinábase el general Maceo a recoger el paraguas —que una bala le había arrebatado— cuando Isidro Incera, que corriendo se le acercó, le disparó por la espalda, hiriéndolo a lo largo de la espina dorsal hasta internarse el plomo en el cuerpo, aparentemente en el pulmón. Vi al General caer en la acera, la mano en la pared: y a Incera metiendo cápsulas en el revólver, que ya tenía agotada la carga, volver sobre sus pasos para rematar al General. Rápido, disparé sobre el agresor, a la frente... Y al caer, le repetí, en la parte posterior de la cabeza, otro disparo. Mientras volví el revólver contra la multitud. Maceo fué conducido por nuestros compañeros, y examinado brevemente por el Ministro de Gobernación, doctor Ulloa. Alberto Boix era también herido; pero al frente teníamos, desordenados y en fuga, nuestros agresores. Más de una cuadra los perseguimos Pepe Boix —ya sin parque— mi hermano Ubaldo —con sus pedradas— y yo que aún tenía cápsulas. En la esquina siguiente, tropa costarricense dió el alto. Y prendió a más de treinta de los agresores. Boix y yo, antes que nos alcanzara la tropa, retrocedimos hacia la esquina donde fué herido el General. Ya nadie había allí; pero, escapamos saltando la reja del parque, donde permanecimos dos horas. Cuando todo estuvo en calma, fuimos a escondernos en la panadería de Boix, de donde enviamos por noticias del General. Al saber que vivía y que el doctor Eduardo Uribe y Restrepo, su fiel amigo colombiano, velaba a su lado toda la noche y le salvaba la vida, decidí partir hacia Nicaragua; porque me llegaron noticias de acusaciones de muchos españoles, que juraban haberme visto disparar sobre el infortunado Incera.

Pero por la madrugada vino el doctor Zambrana a avisarme que el general Maceo disponía que me quedara, y me presentara al Juzgado para declarar, como los demás, que ninguno de los cubanos habíamos disparado; que no llevábamos armas; que nuestros agresores, en la confusión del ataque, se habían herido por sí mismos y matado a persona tan estimable como el

señor Incera; y que habían herido casi mortalmente al general Maceo y de gravedad a Alberto Boix. Para declarar esto me acompañó el doctor Zambrana. Quedé en libertad; los españoles en la cárcel.

Indignados los agresores, surgieron nuevas acusaciones, nuevos testigos y fuí entonces detenido, y conducido al edificio de la Comandancia con las mayores consideraciones y sin otro centinela que mi palabra de no escapar. Mi hermano Ubaldo fué puesto en libertad al mediodía. Y ningún otro de los cubanos fué detenido ni acusado.

Fué entonces cuando el Presidente de la República, Rafael Iglesias, dió nueva prueba de su devoción a la causa de Cuba y de su amistad al general Maceo. Sustrayéndome a la acción judicial, me embarcó hacia Nueva Orleans, por razón de orden público. El quinto día de prisión, 15 de Noviembre de 1894, fuí escoltado por una compañía de infantes al mando del capitán Elizardo Maceo, hijo del general José, en tren hacia Puerto Limón. Se me permitió ir a despedirme del general Maceo, quien me reiteró el encargo —que le prometí obedecer— de no divulgar lo realmente sucedido, al menos, mientras fuera Iglesias Presidente y de no avivar con expresión alguna nuestras disensiones con la colonia española.

Toda la colonia cubana, la colombiana y muchos costarricenses acompañaronme a la Estación. Mi hermano Ubaldo, ya libre, vino con mi madre y hermanos; María Maceo con sus amigas. Echó a andar el tren entre vítores a Cuba, que contesté con un ¡Viva Costa Rica!

Hasta Siquirre me acompañó don Máximo Fernández; hasta Puerto Limón, los generales Flor Crombet, José Maceo, Catalino Garza, Francisco Pereira Castro, entre otros amigos.

Al llegar al puerto nos llamó un moreno viejo para decirme que había un recado urgente para mí en la casa comercial Rhormorser y Compañía. Allí fuimos. El Gerente, muy amable, me dijo: “Hay aquí un giro telegráfico de don Máximo Fernández en favor de usted por mil pesos.” Otra vez el generoso propietario de *La Prensa Libre* me amparaba. La emoción apagó un momento mis palabras. Pedí papel de telegrama y escribí en él: “Don Máximo Fernández. Permítame decirle que mi gratitud es tan grande como su generosidad y déjeme no aceptar estos mil pesos; porque llevo el dinero suficiente para mis gastos de viaje. Déjeme decirle del corazón: ¡Gracias! y devolverle este giro pero mi agradecimiento acompañará a usted toda mi vida. Su devoto Enrique Loynaz del Castillo”.

El general Crombet, que estaba leyendo mis palabras, me abrazó, exclamando con alborozo: “¡Has hecho bien, has honrado a Cuba! Esa gran suma podrías, sin reproche, haberla aceptado. Has hecho mejor rehusándola: ¡con verdadera grandeza! Nosotros, y la colonia cubana entera, iremos a ver a don Máximo Fernández para darle las gracias”.

XV. Los emigrados en Nueva Orleans

De pie, junto a la baranda de popa, contemplé con honda tristeza el grupo de mis amigos en el muelle y la compañía de soldados de Costa Rica.

Después, sólo una línea de montañas y olas tras olas, y su rumor eterno.

Ya en el camarote, me confortó la perspectiva de volver a ver a José Martí.

La travesía a través del Caribe y del golfo mejicano, aparte de las marejadas propias de la estación, no ofreció incidentes.

Entramos en el anchuroso río Mississippi, cuyas aguas sepultaron el cuerpo de su descubridor —Hernando de Soto— cuando agotado por los sufrimientos, no pudo convencer al cacique indígena de su posesión del poder de Dios. “¡Seca las aguas de este río y te crearé!” —el indio repetía.

Por las aguas lodosas, entre islas y pantanos, ascendía el vapor cargado de bananos y entraba en la curva, como de luna creciente, por donde asoma sus torres y rascacielos la inmensa Nueva Orleans. Desde lo alto de la cubierta vi en el muelle —ya próximo— el grupo de cubanos emigrados, agitando los pañuelos, y aguardando —sin conocerlo— al joven compatriota...

Los brazos se abren y los hogares. En nombre de todos me dan la bienvenida José Echazábal y Nelson Polahmus. Y me llevan, seguido de compatriotas, a la casa amable. Me presentan a todos.

En las inefables sensaciones de tal bienvenida me desconcierta un poco la presencia, en mitad de la sala, de una señora de mediana edad, encerrada en una jaula de hierro y tela metálica, en la que permanece ella sentada en un sillón. Por un ventanillo, que supongo destinado al paso de la comida, me ha tendido la mano y se ha ganado la simpatía que siempre el sufrimiento inspira a todo hombre de bien... Sondeo al dueño de la casa y me informa que la dama en la jaula es su señora suegra... Siempre pronto a enderezar entuertos, tuve la idea inmediata de promover la libertad de la dama enjaulada, utilizando el ascendiente que parecía ofrecerme la cordial bienvenida de los cubanos.

Mientras pasábamos a la mesa, colmada de bocaditos, vinos y té, tuve disponible un segundo para deslizar al oído de la señora breve palabra de esperanza. Entré al comedor. Hubiera querido, como en la época medieval, llevar al cinto una espada para romper las metálicas telas y, rindiendo en homenaje mi sombrero de plumas abrirle paso a la cautiva dama...

Pero en esta moderna época —de prosaica policía y correccionales jueces— había que recurrir, no a la espada sino a las artes de la persuasión... “¿Por qué no traemos, a esa señora, compatriota nuestra? ¿No le parece que este es un día para la libertad?”

No la acogida por mí esperada, sino risa estrepitosa, inexplicable, respondió a mi insinuación. “¡Pero si no está presa, Loynaz!”, exclamaron varios a las vez acudiendo a mi perplejidad. “Esa jaula de tela metálica es para salvarla de los terribles mosquitos de Nueva Orleans que le infectan e inflaman; que no puede resistirlos. Ella tiene para dormir su mosquitero, como los demás; pero como no es el caso de dormir de día y a ella le gusta estar en la sala y conversar, le hemos construido esa defensa portátil y dentro de ella se siente feliz en su sillón.” ¡Aquello era para caer de espaldas! Pero el discreto Echazábal llevó la conversación a los episodios de Camagüey y Costa Rica, y luego me condujo a un paseo por la ciudad.

Tres días después, en Nueva York, tocaba yo a la puerta de Benjamín Guerra. Junto conmigo llegaba también envuelto en grueso abrigo, un caballero de mediana edad, alto y fuerte, con larga y copiosa pera que le daba algún parecido a los ricos ganaderos del Oeste. Nos hablamos, animados de mutua simpatía. Venía de Cuba; sabía, como yo, que Martí iba a cenar esa noche en casa de Benjamín Guerra y tenía prisa de verlo. Me dió su nombre: Enrique Collazo, el famoso autor de un libro que había movilizó el patriotismo: *Desde Yara hasta el Zanjón*.

Abrió la puerta el mismo Martí; en él siempre la sonrisa y la voz y el mirar acariciadores. Me abrazó dos o tres veces y, enseguida, reconociéndolo, a Enrique Collazo. Dió éste un paso atrás y, con visible emoción, dirigió al Maestro estas palabras: “Martí, yo tengo que decirle —y me alegro que sea en presencia de Enrique Loynaz— que lo ataqué a usted con dureza cuando creí que usted aludía con injusticia a los veteranos vencidos en diez años de sacrificios; haberlo atacado a usted es el dolor más grande de mi vida; ahora le declaro —y usted debe creer en un hombre sincero— que hoy no hay quien más lo admire a usted, ni más lo quiera!”

En vano quería interrumpir Martí las conmovidas palabras del veterano glorioso de la Independencia. Sólo pudo decirle: “¡Collazo, no sé de que me habla usted! Son muchas las cosas que tenemos que acordar desde ahora. Déjeme abrazarlo de corazón.” Y le tendió sus brazos cordiales.

—“Ahora pasemos a la sala, que Ubaldina, ansiosa, nos espera.” La gentilísima Ubaldina Barranco de Guerra nos recibió con aquella exquisita hospitalidad suya. “Benjamín me avisa que lo han demorado algo; pero, que estará aquí dentro de diez minutos. Enseguida que él tenga la dicha de verlos —que es algo muy grande para él— cenaremos juntos.”

Nos enseñó Ubaldina su álbum de recuerdos. Un pensamiento de Martí lo conservo en la memoria:

*Busco, me dijo un ángel peregrino,
una estrella que vive en cuerpo humano.
—“Ángel ladrón, no te diré el camino,
todo de luz, de cierto hogar cubano”.*

Y era así, “Todo de luz”, el hogar de Benjamín Guerra.

A poco llegó Benjamín Guerra y nos condujo con Ubaldina al comedor, a la alegre cena. Luego, junto a la estufa de llameante leña, sentimos, con el agradable calor del cuerpo, una como dulce claridad de la luna.

A Collazo y a mí nos hospedó el Maestro en su mismo cuarto del hotel Martín —el antiguo, de precios moderados— situado en la calle 9, cerca del Arco de Washington.

En la amplia habitación nos alojamos cuatro; porque ya estaba con Martí el general José María Rodríguez, héroe de la Guerra de los Diez Años, cuya pierna derecha, destrozada por las balas españolas, habíase anquilosado en forma de arco que le hacía parecer desgarbado, aunque pleno de gloria.

Tenía el general Rodríguez —o Mayía, como cariñosamente se le llamaba— el carácter de Jefe de Estado Mayor del General en Jefe Máximo Gómez.

a quien representaba en la preparación de la expedición formidable que Martí preparaba para caer a un tiempo sobre Oriente, Camagüey y Las Villas. Los detalles nos eran desconocidos; porque él, sólo él, manejaba los hilos de la tremenda trama.

Tan pronto llegamos al hotel me preguntó Martí la causa de no haber embarcado para Nueva York cuando él en repetidas cartas y en un cable al general Maceo me llamaba para enviarme al Camagüey, de donde era pedido en términos apremiantes por los jóvenes más decididos a la Revolución: por Mauricio Montejo —que con ese objeto vino acompañando a Elpidio Marín Loynaz, también empeñado en el mismo propósito— por Ángel Castillo, por Víctor Manuel Fano, Escipión de Varona y por algunos bravos de la Década como Paco Recio. Creían ellos que mi presencia en alguna finca del Camagüey serviría para levantar un gran contingente armado —a su hora— y emprender, al frente de la primera fuerza revolucionaria las más activas operaciones. Grande fué mi extrañeza. El general Maceo nada me había dicho de los reiterados llamamientos de Martí. En realidad quería él mi insignificante compañía en la guerra. Sólo al partir, expulsado de Costa Rica, me entregó una carta que con ese objeto me dirigía Martí.

Supe entonces que en carta del 29 de septiembre, cuya copia me fué mostrada, Martí escribía al general Maceo: “A Enrique me lo vuelven a pedir, con suma necesidad, del Camagüey, y como mañana le pido a usted por cable que me lo embarque, ya acaso habrá salido cuando llegue a usted esta carta.” En 13 de octubre volvía a decirle: “A Enrique he tenido que quitárselo, porque el Camagüey me lo pide, lo pide la mejor gente, para la arrancada”. El 3 de noviembre volvía el Maestro a quejarse en estos términos: “Lo de Enrique, si no ha venido, me causa profunda pena, ¿Cómo puede él juzgar la importancia del servicio especial a que lo llama su comarca y que sólo él puede prestar? ¿Negarse Enrique a prestar un servicio difícil y glorioso, y en acuerdo con sus simpatías? ¿O ha perdido la confianza en mi cordura, y el tacto que me da mi pequeño conocimiento de los hombres? A usted le pesará privarse de tan gallardo compañero, pero a su lado de usted por razón de comarca y de influjo directo, no puede prestar el servicio decisivo y magnífico a que le llaman, respaldada por mí, personas que tienen pleno derecho a su agradecimiento y atención. Es de tal naturaleza el servicio, y tiene tal puesto en la situación general, que al recibir usted esta carta habrá salido tal vez Enrique por el cable que le volveré a poner; y si no ha salido, usted, que sabe tanto de la oportunidad de ciertos hombres y sucesos y de cada hombre en su suceso natural, le pedirá sostenidamente que acceda a mi ruego, y verá que empresa viaje por el primer vapor.”

Cuando esta carta y el cable llegaron al general Maceo, ya me encontraba detenido en la Comandancia de Armas y en espera del vapor en que iría, expulsado, a Nueva Orleans. Pude conocerla antes de mi salida, que fué el 15 de noviembre. Todavía, en carta del 10 de noviembre —fecha del tiroete en que fué herido el general Maceo y yo quedé detenido por la muerte de Incera— reiteraba Martí: “Enrique desconoce la importancia y

responsabilidad de su desoimiento; por cariñosa generosidad no insisto aquí, a reserva de insistir por cable, antes de que llegue esta carta, si fuese necesario, &”.

La confusión y angustia de los cubanos de Costa Rica ante la grave herida del general Maceo privaron a Martí de noticias inmediatas por cable sobre el terrible suceso. Desde la Comandancia de Armas pude escribir dos cartas al Delegado en narración de aquel atentado que estuvo a punto de extinguir la gloriosa existencia del Gran Caudillo de la guerra y de su ayudante Alberto Boix, y que pagó con su vida el mismo que lo había herido, Isidro Incera. En la carta de 23 de noviembre, Martí vuelve a referirse al viaje de Alejandro Rodríguez a Montecristi, pagado por don Bernabé Sánchez, en estas palabras: “A la vez, y por sobre mi cabeza, cayó sobre Santo Domingo, en el instante mismo de realizarlo todo, una comisión falsa, porque so capa de revolución, iba en nombre de revolucionarios, a impedirle en lo verdadero, y a perturbar, a deshacer, la confianza de Gómez... Lo de Camagüey —en que parecen ser agentes principales algunos hombres de la guerra, con Bernabé Sánchez a la espalda— ha estado aconteciendo durante todo el mes pasado con el mayor sigilo y directamente del Príncipe a Santo Domingo. Por aquí volvió; lo acorralé; le puse al pie enseguida su gente propia, para evitar el mal que hubiese hecho.” Precisamente el hombre que por orden de Martí siguió a Alejandro Rodríguez “para evitar el mal” fué Elpidio Marín y con él iba Mauricio Montejo. Y eran ellos los que debían llevarme, ocultamente, a la comarca prócer. A mi llegada a Nueva York ya se habían marchado. Con la natural contrariedad veíame ahora obligado a esperar la gran expedición que era objeto de todas las actividades de Martí; pero cuyos detalles desconocíamos: los generales Mayía Rodríguez y Collazo, y Raimundo Sánchez —que después se nos agregó en el hotel Martín— y yo.

De la situación de Cuba, sí teníamos noticias exactas. Los autonomistas parecían cada día más desdeñados por el pueblo cubano, que volvía con impaciencia la mirada a los trabajos revolucionarios de Martí. Grupos numerosos de conjurados agitaban la comarca de Matanzas, dirigidos por el doctor Pedro Betancourt y por Antonio López Coloma, los hermanos Guíllermo y Pedro Acevedo, el doctor Martín Marrero, Jacinto Pedroso y otros entusiastas patriotas. En La Habana, donde acababa de llegar Enrique Collazo, quedaban el coronel Francisco Aguirre y el general Julio Sanguily, quien cada vez más apremiaba por la orden de sublevación. Era Juan Gualberto Gómez el alma de la conspiración en ambas provincias y representante de Martí. Él reunía a los conjurados; inquiría qué recursos eran necesarios, que plan había de seguirse. Martí y Gómez les habían dejado en libertad acerca de estos pormenores. Dinero les había enviado Martí en las cantidades solicitadas. Aparte de sumas menores envió Martí, por conducto de Eduardo H. Gato —capitalista fabricante de tabacos de Cayo Hueso— dos mil pesos, que recibió Collazo antes de embarcar para los Estados Unidos, los que en partes iguales fueron divididos entre él, Carrillo y Aguirre. Con ese dinero pudo Aguirre ir a Cienfuegos a preparar el mo-

vimiento en aquella comarca y Collazo envió emisarios a Vueltabajo a entrevistarse con Carlos Socarrás.

En el mes de septiembre llevó el mismo señor Hidalgo Gato cinco mil pesos por encargo de Martí, los que fueron entregados a Betancourt y Domínguez en presencia de Juan Gualberto Gómez y Enrique Collazo para la compra de armas y municiones que habitualmente iban por el ferrocarril de bahía como efectos de ferretería. Algunas armas se destinaron a Vueltabajo. En Oriente, aunque algunos preferían alguna prórroga para el levantamiento, varios comisionados enviados por Maceo —principalmente Emilio Giro— y por su propia cuenta José Lacret Morlot, agitaban la región. En Las Villas actuaban emisarios del general Serafín Sánchez, como el veterano Gerardo Castellanos. La Revolución parecía en todas partes inminente.

Martí, atento a todos los detalles, se multiplicaba. En espera del llamamiento para la expedición pasamos el mes de diciembre en el hotel Martín los generales Rodríguez y Collazo y yo. Visitábamos familias cubanas: la de Guerra, la del doctor Miranda, la del gran pianista Emilio Agramonte, la de Pérez del Castillo, la de Trujillo, la de Enrique Agramonte Loynaz y la de Carmita Mantilla con sus encantadoras hijas María y Carmen y otras, dignas de la más alta estimación.

Deleite nuestro, el más estimado, era conversar con Martí: oír sus discursos maravillosos.

Un día de aquel diciembre llegó la noticia de la muerte de mi abuelo, Martín del Castillo y Agramonte, prócer de la Independencia, que dió su fortuna a la Revolución y que costeó él solo la expedición del "Galvanic". En homenaje a su memoria resolvió Martí celebrar un gran mitin de los cubanos, que ya se lo habían pedido algunos clubs con otro objeto, que era el de ofrecer un testimonio de aprecio a mis pobres servicios a la libertad.

Unidos ambos objetivos, encargóse Martí de presentar a la emigración cubana el generoso testimonio de su palabra de oro en favor de mi devoción a la causa de Cuba, por la que iba a ofrecer la vida. Gonzalo de Quesada hizo el panegírico elocuente de mi ilustre abuelo. Sotero Figueroa, en cálicas palabras, promovió el acuerdo —inmediatamente realizado— de fundar un nuevo club con el nombre esclarecido de Martín del Castillo. Juan Coronel, orador suramericano, nos mostró en el arrebato de su palabra el alma de América. Un obrero casi desconocido, Rafael Urgellés, hizo estremecer de entusiasmo la concurrencia. Estaba yo obligado a decir, por lo menos, algunas palabras de agradecimiento; y éste fué el más grande aprieto de mi vida. Horas antes me había visto Martí escribiendo en el hotel. Le dije que eran las palabras que debía pronunciar por la noche... Él me tomó el papel de las manos y lo rompió. "Nunca haga eso", me dijo. "Siempre que tenga, como esta noche, necesidad de hablar, hágalo sin preparación; piense unos momentos en lo que han dicho los otros, y en los argumentos que debe usted emplear, y dígalos de improviso. Porque si usted recita lo aprendido la emoción estará ausente, y será pálido y flojo cuanto diga. O puede fallarle la memoria, y entonces está usted perdido. Lo seguro

y lo elocuente es la improvisación, caldeada con el énfasis de la verdad. Otra cosa será cuando se trate de conferencias las que deben ser leídas, si son preparadas de antemano. Todo lo que no se improvise debe entregarse a la lectura; nunca a la recitación."

Anodado por el cariño con que eran esperadas mis palabras, subí a la tribuna de la Emigración, di como pude las gracias por tantas palabras amables que embellecían el exilio. Y —ya me lo anunció el Maestro— cualquier cosa que allí improvisara sería recibida con aplausos. El Club Martín del Castillo fué desde esa noche inscripto entre las unidades de la Revolución. Sus fundadores me honraron con la Presidencia.

Una noche, de nevada densa, aguardábamos en el hotel Martín, con Gonzalo de Quesada —que siempre nos acompañaba a comer—, Mayía, Collazo y yo la llegada de Martí, bastante retardada.

Creuyendo que se quedaría a cenar en algún otro lugar, nos sentamos, después de larga espera, a la mesa. Estábamos contrariados con aquella ausencia, que nos privaba del deleite de su conversación, y de la selección de los manjares, que él, como nadie, sabía decidir. Porque en esto era también maravilloso. Conocía cada plato del menú francés y la historia y origen de cada uno. Una vez, ante uno de esos nombres raros, nos anticipó con exactitud la descripción del plato y su historia que se remontaba al sitio de Nantes y a la cocina de Luis XIV. Y era así en todas las artes, que no en vano le pagaba el *Sun* sus juicios críticos sobre las últimas obras de arte, de pintura y escultura, en las que destacaba la maestría de los grandes críticos.

Indecisos ante la multitud de desconocidos platos, nos encontrábamos cuando llegó Martí, todo cubierto de nieve, y como fatigado. Sacudió la nieve del abrigo, y al colgarlo en el perchero nos dejó oír sus habituales suspiros. Se dirigió a la lámpara y aumentó toda la iluminación del gas; porque, como Goethe, amaba la luz. Y al sentarse entre el general Rodríguez y Enrique Collazo volvió a suspirar... El general Rodríguez vió la oportunidad para obtener de Martí la definición de un suspiro. Para que me fijara me tocó la rodilla. Y dijo: "Vea, Martí, no me gusta oírlo suspirar. El hombre que está al frente de un pueblo, debe ser de hierro. El dolor más grande que puede abrumar a un hombre lo he recibido sin una queja cuando me destrozaron la rodilla las balas españolas. ¡Ni me quejé, ni suspiré, ni nada! Hice frente al dolor. Lo que Cuba necesita en usted es una energía de hierro, que no consienta ni debilitamientos, ni suspiros."

Inmediatamente respondió el Maestro: "Un suspiro no es una queja, ni es una debilidad. Ustedes saben de unos ríos subterráneos, de aguas salobres, que corren bajo los áridos llanos de Yucatán. A veces la tierra se abre y por entre la honda grieta se percibe un rumor... Y el río sigue, con sus aguas amargas, a perderse en el mar... Los llaman cenotes... Pues bien, cenotes; eso son mis suspiros."

El general Mayía Rodríguez sonrió: "Fué una broma, Martí, para que nos definiera usted un suspiro. Muchas gracias."

XVI. *Fernandina y Montecristi*

Finalizaba el mes de diciembre de 1894. De los cuatro huéspedes —Martí, Mayía Rodríguez, Enrique Collazo y Enrique Loynaz del Castillo— de una habitación del hotel Martín sólo Martí conocía los detalles de la gran empresa expedicionaria. Las instrucciones que él daba a cada uno de sus colaboradores eran desconocidas de los demás. Así habían desaparecido en aquellos días los generales José María Rodríguez y Enrique Collazo, sin que ellos lo supieran sino a la hora de partir.

En los primeros días de enero del 95 llegó de Cayo Hueso Raimundo Sánchez, en comisión de su hermano el general Serafín Sánchez. Sentíase en el ambiente la aproximación del día decisivo. Los viajeros procedentes de Cuba revelaban la intranquilidad precursora de grandes sucesos. En las provincias de Matanzas y La Habana crecía la impaciencia y el Gobierno español pedía instrucciones a Madrid para decretar prisiones. De Camagüey habían venido a La Habana Antonio Aguilera y Fabio Freyre a solicitar refuerzos militares para esa provincia y la recogida de las armas distribuidas por el general Gasco en la persecución de los bandoleros. En Oriente los grandes Jefes de la Década aguardaban, arma al brazo. Y se sabía que algunos directores autonomistas, como Urbano Sánchez y su hermano Francisco se preparaban para la Revolución.

El más impaciente de todos era el general Sanguily. Al iniciarse el nuevo año escribía a Collazo: "Venga en el acto la orden para sublevarnos o habrá que desistir; es imposible esperar más." Betancourt y Domínguez argüían que era imposible esperar. Pero las órdenes para la sublevación dependían del general Máximo Gómez, quién había determinado en carta a Collazo lo que acertadamente se debía hacer: "De ningún modo deben ustedes mover una paja en Occidente mientras los fuegos del Centro y Oriente, que yo mismo, personalmente, pienso dirigir, no les quite mucho enemigo de encima. Pero, ¿cómo nos salvaremos del peligro personal que conocemos, por más quietos que nos propongamos estar con esa situación encima? De un modo sencillísimo: como en tu plan y organización debe estar previamente previsto ese caso, debes tener preparados tres o cuatro hombres de confianza, bien armados, para que en el momento dado se oculten en el campo, aunque para ello tengas que unirte a Manuel García. Esa situación de espera, que bien entiendo te será angustiosa, debe ser poco duradera, y el estado de la comarca hará conocer la hora, o el momento de hacer sentir tu presencia en el campo. Tomada esa actitud, ya lo demás, tú sabes como se hace: mucho daño al enemigo procurando recibir el menor posible."

Tal instrucción estaba dirigida a Enrique Collazo porque era el intermediario para con los demás Jefes comprometidos. Al embarcar Collazo para los Estados Unidos las instrucciones fueron dirigidas a Juan Gualberto Gómez y de ello se encargó el mismo Martí. El señor Gómez, a su vez, reunía a los Jefes de localidad, siempre que fué necesario, para comunicarles las decisiones del exterior.

Para contrarrestar los progresos de la conspiración, el Capitán General, Emilio Calleja, reunió en Palacio una comisión de Jefes de la guerra an-

terior. En ella, Marcos García, Alcalde de Sancti-Spíritus, planteó el problema en estos términos: "El país está en situación tal que no hay más que dos caminos: la Autonomía, o la Revolución."

Quiso Calleja iniciar prisiones, pero el Ministro de Ultramar, Becerra, le advirtió que antes tendría que declarar un estado de guerra.

Por otra parte, la resolución del general Gómez era terminante. En su nombre declaró el general José María Rodríguez "que el viaje de Alejandro Rodríguez había sido en balde, que el general Gómez estaba resuelto a venir a Cuba y que él tenía autorización para resolver en el acto".

El general Maceo, ya restablecido de la alevosa herida recibida el 10 de noviembre en Costa Rica, apremiaba con la mayor impaciencia y había enviado al coronel Patricio Corona, hombre de edad, experiencia y patriotismo, pero conocido por su mala suerte, a que condujese el vapor destinado a los expedicionarios de Costa Rica a un puerto cercano a Limón, a donde ya los iba encaminando el general Crombet. Podían llegar a doscientos los expedicionarios de Maceo y Crombet. Para ellos estaba designado el vapor "Lagonda", que ya había cargado el armamento y tenía a bordo a Corona y a Manuel Mantilla, joven hijo de doña Carmen de Mantilla.

El mismo día que cargaba el "Lagonda" llegaron el "Amadís" y el "Baracoa" al muelle de Borden a recibir los pertrechos. El "Baracoa", llevando a Martí y a los generales Mayía Rodríguez y Enrique Collazo, se dirigía a la costa sur de la bahía de Samaná, donde con ayuda de Eleuterio Hatton, patriota cubano, dueño de un ingenio en aquella comarca, el general Máximo Gómez reunía su importante expedición, de dos a trescientos hombres escogidos. El "Amadís", contratado por medio de López de Queraltá, iba a ser por éste conducido a un cayo cercano a Cayo Hueso, para recibir la numerosa expedición de los generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff.

Pagados todos los gastos, aún pudieron asignarse a cada Jefe de expedición dos mil pesos para ofrecerlos al Capitán del buque por desembarcarlos en Cuba al acercarse en el viaje —planeado como para llevar trabajadores a una hacienda de Centro-América. Si el Capitán se negara al desembarco entonces, por la fuerza, ya armados, haríanse cargo del barco los expedicionarios. Para ello llevaban práctico de la costa. Los tres vapores saldrían el mismo día de Fernandina en busca de los supuestos trabajadores después de cargar, como útiles agrícolas, el pesado armamento.

El día de reyes llegó Martí en busca mía al hotel Lafayette, donde me había trasladado horas antes para despistar a los espías españoles. Buscamos el elevado de la 3ª Avenida. Allí me dijo: "Enrique, para usted ha llegado la hora de embarcar. Si usted hubiera estado aquí en octubre, como le pedí a Maceo que lo enviara, habría prestado un gran servicio, al frente de los sublevados del Camagüey, que así se lo pedían los más resueltos. Ahora irá en un movimiento formidable, aunque en otra forma. De paso va a prestar importante servicio conduciendo un práctico de costa que le va a entregar Gonzalo de Quesada esta noche a las doce en punto, en Harlem. Yo tengo que dejarlo; pero le seguiré de cerca. Ahora vamos por Gonzalo. Al recibir el práctico, ambos se hacen invisibles. Y a las seis de la mañana, con estos billetes de tercera clase que le entrego, usted y el

práctico toman el tren para Jacksonville. Van en tercera, porque él es negro y no le permitirían otro carro. Y usted no debe separarse un solo momento de él. En la estación de Jacksonville no me hablarán con nadie. Pero usted verá la cara de un amigo, que lo mirará un momento y sin palabra alguna saldrá enseguida del andén. Usted y el práctico le seguirán de cerca y entrarán en la casa donde él entre. Allí estaré yo, o encontrará instrucciones mías, para ir a otro lugar. Ahora mismo, sin despedirse de nadie, ni volver al hotel, seguirá usted con Gonzalo, que lo llevará a la casa del práctico" —"Maestro" —respondí— "Sus órdenes las cumpliré exactamente. Dígame, ¿cómo saco mi ropa del hotel y la del tren de lavado?" —"Ya no la necesitas; la guerra va a empezar."

Por una calle mal alumbrada llegamos Gonzalo y yo a una casa pobre donde nos esperaba a media noche un moreno cubano, alto, fuerte, inteligente, patriota. Luego de pasar horas, y horas, dando vueltas por aquellos barrios extraviados, a las seis de la mañana subíamos el práctico y yo a un carro de tercera del tren que partía para Jacksonville. Hasta entonces no conocí el horror de esa tercera clase en los trenes americanos. ¡Qué peste, qué suciedad! En todo el viaje no pude sostener alimento en el estómago.

Llegamos a Jacksonville. Impaciente salí al andén, con mi silencio acompañado. A poco de mirar alrededor, vi a mi amigo de la infancia, Charlie Hernández, quien enseguida echó a andar, seguido por nosotros. Caminadas algunas cuadras, entramos detrás de Charlie en el modesto hotel Travellers.

Allí se nos había anticipado Martí, porque había salido de Nueva York a media noche, apenas nos separamos. Pero en ese momento estaba fuera, muy atareado con las diligencias de los vapores, según nos informó Tomás Collazo, el hermano de Enrique. Él y Charlie Hernández, el práctico y yo quedamos en el Travellers, a donde llegaron, horas después, el general José María Rodríguez y Enrique Collazo. Momentos antes había llegado Martí; en su noble rostro pintada la desesperación. Al llegar se echó en nuestros brazos: la palabra ahogada por el dolor: por la mejilla una lágrima.

Presintiendo la catástrofe nos abrazábamos conmovidos. Luego, Martí nos refirió todo el derrumbe de su plan maravilloso. Ese plan, en el que nadie conocía sino el papel que le correspondía desempeñar y la orden que obedecer —ignorando en el absoluto secreto del conjunto, la obligación de los demás— no falló por error ninguno de su genial autor. Falló por la culpable indiscreción de un cubano de la pasada guerra, Fernando López de Queralt, que era, por disposición de los generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff, el conductor de la expedición a ellos asignada, el que debía ir a llevarles el vapor "Amadís" a Cayo Hueso y conducirlos a Cuba con sus expedicionarios y armamento.

Al llegar Martí de Nueva York encontró el "Lagonda" —destinado a Maceo— ya cargado con su armamento, y con sus conductores —el coronel Patricio Corona y el joven Manuel Mantilla— a bordo, esperando la orden a partir mientras el "Amadís" y el "Baracoa" se acercaban al muelle de Mr. Borden para cargar. Mientras esta operación se realizaba Martí fué a entrevistarse con López de Queralt, para explicarle, como a los demás con-

ductores, encargados de ir a recoger las tres expediciones la forma de llegar a Cuba: con la oferta de dos mil pesos al acercarse a la costa cubana, o por fuerza.

Inesperadamente el comisionado de los generales Roloff y Sánchez se negó a irse en esas condiciones. En vano le demostró Martí la absoluta seguridad del desembarco en Cuba, porque los expedicionarios que él recogería —como trabajadores— en la costa floridana eran numerosos y armados, y muy pocos los tripulantes del yate de vapor "Amadís", que no podrían intentar siquiera una resistencia absurda y sí aceptarían la recompensa ofrecida. Y que llevaba un buen práctico de la costa sur de Las Villas. López de Queralt obstinóse en su negativa. Y reveló a Martí la siniestra negociación en que ya se encontraba enredado con otro capitán que era, a la vez, un corredor sin escrúpulos, desconocido de Martí. E insistió con estas palabras: "Tengo un Capitán que me lleva sabiendo a lo que va; está hablado y dispuesto." Martí, sorprendido e indignado, le dijo: "Esto no lo sabía nadie; usted ha hecho muy mal en confiarle a alguien sin advertírmelo; pero ya el mal no tiene remedio. Vamos a ver al Capitán".

Este Capitán era corredor de fletes y precisamente había intervenido como tal en el contrato del "Amadís". Y viendo que era otro el Capitán encargado de la empresa que le había prometido López de Queralt, decidí denunciarla al dueño del "Amadís". Éste inmediatamente cursó la denuncia del verdadero objeto del viaje al Gobierno americano y al Ministro de España. Antes de que Martí lograra tratar con el denunciante ya estaba detenido el "Amadís". El consiguiente escándalo hizo que los dueños del "Lagonda" y del "Baracoa" denunciaran también el destino filibustero de estos barcos, inmediatamente detenidos, así como los almacenes de Mr. Borden, que contenían las armas, fueron embargados.

Durante la noche pudo Martí pasar aviso a Corona y a Mantilla para que echaran al agua todo el armamento del "Lagonda" para que desapareciera la prueba que habría producido la prisión de los que nos encontrábamos relacionados con la expedición. Por la mañana, al llegar las autoridades al "Lagonda" ya no había pertrechos. Y Corona y Mantilla habían desaparecido.

El resto del armamento depositado en la casa comercial de Mr. Borden quedó también embargado. Para luchar por su devolución, así como por la libertad de los complicados en el suceso de Fernandina —si acaso eran también detenidos— vino a toda prisa el gran americano, amigo de Cuba y de Martí, Horacio Rubens. Planteó enseguida ante los tribunales la irresponsabilidad de Mr. Borden y de los cubanos comprometidos. Mantilla, que fué el más visible, usó el nombre de Mr. Mantell. Ningún otro era allí conocido.

Nos quedamos sin barco, sin armas y sin dinero. Sólo había seiscientos pesos disponibles, después de pagado todo.

El dinero hubiera podido reponerse en un año por el esfuerzo de los emigrados: acaso en menos tiempo si alguno de los cubanos ricos quisieran desprenderse de algunos recursos para salvar su Patria, como lo realizó en la guerra de Independencia americana Morris al reclamo de Wash-

ington y en nuestra misma Cuba, en la Guerra del 68, Miguel de Aldama y Martín del Castillo.

Lo más grave era la impaciencia de los conjurados en Cuba que, lejos de desanimarse por la catástrofe de Fernandina, aún más se enardecieron y demandaron de Martí en términos apremiantes la orden para la sublevación. Pensaban, con alguna razón, que el Gobierno español comenzaría sin demora a efectuar prisiones. Sanguily, Juan Gualberto Gómez y Pedro Betancourt eran los más impacientes.

En la Isla, antes que decaimiento, produjo fervor revolucionario la evidencia de lo inminente de la guerra y de la magnitud de los recursos de Martí.

La actitud de los generales emigrados fué igualmente firme.

Cuando Martí, repuesto del gasto de energías consumidas en los formidables aprestos que acababan de derrumbarse, mostrábase preocupado por el efecto en el ánimo del general Gómez produciría la terrible nueva, Rodríguez y Collazo lo tranquilizaron: "El general Gómez vendría en cualquier condición".

En breve síntesis explicó Martí a Juan Gualberto Gómez la catástrofe de Fernandina. En carta del 17 de enero del 95 le decía el Maestro:

"Amigo queridísimo: no emplearé palabra innecesaria para las amargas noticias que tengo que comunicarle, —las que el cable habrá en parte anticipado— así como mi última carta a usted y sustituiré en la mente inútil con la declaración de que renuevo inmediatamente, por distinto rumbo, la labor que la cobardía de un hombre ha asesinado. Ante todo, déjeme declarar a usted, y en usted a todos nuestros amigos, de todas partes, que es mi primer pensamiento el de redimir a la Isla de toda obligación de sujetar sus movimientos a los que de afuera no han de cesar, y han de rematarse con fortuna, mas sin el derecho de impedir que el país surja por sí, y sin la traba de esta espera, si juiciosamente creo que en condiciones de éxito, o mantenimiento de un plazo ya más dilatado, puede surgir sin nuestra conjunción. Ese es mi primer pensamiento. Ayudar, sí. Oprimir, o encabezar a la fuerza, no. Lo que yo creo luego le diré, así mismo. Pero antes sepa esta decisión fundamental. Junto a *Aguas Verdes* y al enviado de *Quince* mis muy notables compañeros en esta gran tristeza, he visto desvanecerse la ocasión inmediata, compuesta con tanta felicidad y en condiciones tales que aún al desaparecer contribuye a unir más a todos nuestros mantenedores, aumenta el respeto público y deja vivas todas nuestras fuerzas, sin más daño real, fuera de la pérdida, que el de haber de postergar nuestra conjunción con la Isla, mientras se salva la distancia y el tiempo —que no admiten reducción— y el de sujetar acaso ahí, si así se cree prudente, toda la labor preparada: hasta un anuncio, que puede estar muy cercano si llego a fin en el rumbo que inmediatamente me he hecho. O puede tardar más, tardar meses, y no más, si el primer rumbo falla.

"Cuanto el cable ha debido decirles es cierto, aunque en tan pocas manos estaba la labor —grande como era— que aún no pueden, ni acaso podrán, sino insinuar que fuese nuestra; lo que no intento esconder, no debe esconderse, porque el menor provecho que puede sacarse de esta aventura es

el respeto y la fe que al país ha de infundir la magnitud del esfuerzo intentado, y sólo revelado por nosotros mismos. Tres vapores, con cargo amplio y excelente, iban a caer a la vez sobre la Isla. Al salir el primero, se echan sobre él, y se pierde la quinta parte del armamento total, cuyo resto parece hasta hoy salvado. La salvación de los vapores era imposible; y desde principios de diciembre vivían en agonía, porque al haber de enseñarme a un coronel cubano, escogido por un grupo de expedicionarios para conducirlos, se negó —ya en los días mismos de salir— a hacerlo en las condiciones aceptadas por los cabezas de los demás grupos; aseguró por su honor que podría proporcionarme para su grupo un barco en condiciones preferibles, y *después de saber que no lo podía conseguir y de haber revelado a pesar de eso su objeto, me obligó a ir en persona* —usando de un nombre que no estaba autorizado a usar— *a la misma oficina donde con ese nombre había contratado felizmente mi agente un vapor, cuyo hecho ya sabía, el Coronel antes de hacerme ir, y sólo me advirtió al final de la conversación.* Desde este instante corrió el aviso a los dueños, lo que aún se hubiera podido burlar, e iba burlado; pero el mismo Coronel, depositario de una parte de las armas —compradas desde hace más de un año para estar pronto a cualquier sorpresa— las envió al ferrocarril, de donde debían ir por larga distancia en nuestros vagones a nuestro almacén y nuestros muelles; las envió, digo, manifestadas como "artículos militares", y con las cajas de cápsulas descubiertas, a pesar de mi instrucción expresa, lo que forzó a variar de vehículos, con once días de pérdidas, y el riesgo de la publicidad de la llegada a muelle ajeno; lo que aún se pudo acallar, pero ahora pudiera servir —y está sirviendo— de argumento contra la devolución de las armas. Y aún eso se habría podido vencer si —a pesar de no conocer detalle alguno de toda la combinación más personas que el agente, leal hasta el sacrificio, y yo, de una parte, y de otra el coronel y el corredor a quien revelé y me llevó a revelar el objeto después de saber que no se podía obtener— no se hubiese enviado de New York denuncia expresa de la salida *de los únicos barcos que ellos conocían, y no del tercero, que conocíamos sólo el agente y yo; en los momentos precisos para que se sorprendiese el barco con el cargo y hombre.* La serenidad de un joven fiel y valeroso, aún más que las demás medidas por mí tomadas, salvó el primer peligro del registro; y con las personas el escándalo y prisión, tan poco útiles como hoy nos es beneficioso el respeto inspirado por nuestra discreción y sigilo. Eso pasó. Ahora; a lo que ha de remediarlo. Observe y recuerde sólo, y haga entender, mi cuidado vehemente por evitar a la Isla todo riesgo y engaño hasta que de nuestra parte la labor de arrancada no estuviese segura. En vez de deplorar la demora inevitable de la labor de ustedes ahí —demora que podía, ya decidido, en su última carta por unos dos meses el elemento culto de Cuba— importa ahora mismo fijar las condiciones en que hemos de continuar esta labor. Desvanecida hoy la posibilidad de conjunción inmediata que teníamos meditada —lo que me obliga enseguida a un viaje de consulta y a nuevas vías y esfuerzo nuevo— no debo ponerme en el camino de mi país —y al hablar de mí sólo hablo de las fuerzas que represento— ni debo subordinar el país a un deseo punible de sofocarlo has-

ta estallar con él. Expresamente declaro que esta conjunción, que inmediatamente restableceré —ya en un plazo corto relativamente, o en otro más largo— no puede efectuarse hoy por el tiempo forzoso para su renuevo, por rápido que sea. Y declaro también, que sin un día de pérdida, y sin haber perdido un solo respeto y ayuda, emprendo la nueva labor. Si el país cree —por lo que está en manos de usted— que puede empezar sin aguardar con probabilidades de éxito, sin la esperanza de la dirección militar súbita, tal como la desean, hasta que se ajusten los medios nuevos en que ya estoy, cumpla el país su voluntad: que *mi puesto no es mandar, sino servir*. Si el país cree que debe aguardar, apagando todos los fuegos visibles, a la conjunción que promuevo —sin pérdida de una sola ayuda, y con la precisión y rapidez de que en el movimiento frustrado tiene la prueba— aguarde seguro de que le sirvo, y le servimos todos, con la mayor rapidez humana, y de que sin dilación alguna le diría inmediatamente la verdad, si por desdicha que no es de esperarse, no pudiéramos ahora servirlo. Yo ato en haz aún más fuerte las emigraciones conmovidas y cariñosas, más cariñosas hoy que nunca; aliento con esa demostración visible la confianza de la Isla; vuelo con J. M. Rodríguez —el más virtuoso de los compañeros— y con el leal e impaciente A. Verdes (Collazo) a ver a Máximo Gómez. Y luego, y enseguida, a las nuevas formas. Y, antes, deseo y debo saber la decisión de ustedes si aguardan, acalienten y fíen. Mi opinión personal es que jamás debe Occidente, jamás, empezar sin conveniencia previa, de 20, y 21 y alguna sólida conexión en Las Villas, cuyo consejo indispensablemente habría ustedes de demandar. No teman desmayo, ni especies injustas. Andaremos como la luz. Aguardarían, y sabrían pronto. Aquí debo terminar porque ya he dicho lo esencial. Ya ven “Gener” (el general Sanguily) y M. (Manuel Sanguily) en que angustias vivía, y a qué obligaciones imperiosas tenía que atender, cuando no podía responder ni a veces recibir sus cartas, y serán justos. Usted verá de ahí la llaga en que he vivido. Sólo un barco, amigo, llevaba 200 hombres. Vamos al frente. Aguardo ansioso su respuesta, más confiado que nunca en su juicio.”

Esta carta confirma, con la autoridad de la firma de Martí, los detalles antes expuestos en esta narración por quien en los sucesos de Fernandina participó. Se destacan en ella la culpabilidad que en la catástrofe tuvo, por algo peor que cobardía, Fernando López de Queralta, cuyo nombre parece objeto de la piedad habitual de Martí, y el propósito del Delegado Supremo de aplazar la Revolución, “apagando todos los fuegos visibles”, durante unos meses, menos de un año, para reponer los recursos y armamentos perdidos en Fernandina. La impaciencia, los peligros de los conjurados de La Habana y Matanzas lo decidieron a autorizar la sublevación.

Reanimado Martí exclamó: “Todo se ha perdido, menos las esperanzas y la decisión de acometer la empresa iniciada con tantos sacrificios.” Formó un nuevo plan de acción. Escribió a su rico compatriota una carta conmovedora. Con Gonzalo de Quesada, que en unión de Rubens acababa de unírsele, y con éste y el general José María Rodríguez partió para Nueva York, a donde ya había encaminado a Mantilla y a Corona; envió a Tampa a Enrique Loy-

naz, Charlie Hernández, Enrique Collazo y Tomás Collazo, donde verían a Fernando Figueredo, Néstor Carbonell, a Teodoro Pérez y otras prominentes figuras de aquella emigración para encarecerles la necesidad de acudir a la inagotable fuente de recursos de los emigrados revolucionarios y con el mismo objeto trasladarse a Cayo Hueso, donde se les uniría Gonzalo de Quesada para levantar de taller en taller los fondos imprescindibles para la nueva empresa de libertad.

Obedeció Martí los apremios insistentes de los conjurados de La Habana y Matanzas. Llamó a Enrique Collazo, representante de ellos en la emigración, púsose de acuerdo con el general José María Rodríguez, nombrado Jefe de Estado Mayor del General en Jefe, Máximo Gómez, después de haber consultado al mismo general Gómez y en la casa de Gonzalo de Quesada reunidos, tras una noche entera de estudios y comprobación de medios y recursos resolvieron la orden para el alzamiento en armas, remitida a Moncada, a Mazó y a Pedro A. Pérez en Oriente, a Salvador Cisneros en Camagüey, a Carrillo en Remedios y a Juan Gualberto Gómez en La Habana. Estaba redactada en estos términos:

“Al ciudadano Juan Gualberto Gómez, y en él a todos los grupos de Occidente:

“En vista de la situación propicia y ordenada de los elementos revolucionarios de Cuba, de la demanda perentoria de algunos y del aviso reiterado de peligros de la mayoría de ellos, y de medidas tomadas por el exterior para su concurrencia inmediata y ayuda suficiente; y luego de pesar los detalles todos de la situación, a fin de no provocar por una parte, con esperanzas engañosas y ánimo débil una rebelión que después fuera abandonada o mal servida, ni contribuir por la otra, con resoluciones tardías, a la explosión desordenada de la rebelión inevitable: los que suscriben, en representación el uno del Partido Revolucionario Cubano, y el otro con autoridad y poder expreso del general Máximo Gómez, para acordar y comunicar en su nombre desde Nueva York todas las medidas necesarias, de cuyo poder y autoridad da fe el comandante Enrique Collazo, que también suscribe, acuerdan comunicar a usted la resolución siguiente:

“*Primero*: Se autoriza el alzamiento simultáneo —con la mayor simultaneidad posible— de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del exterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena —y no antes— del mes de febrero.

“*Segundo*: Se considera peligroso y de ningún modo recomendable todo alzamiento en Occidente, que no lo efectúen a la vez que los de Oriente y con los mayores posibles en Camagüey y Las Villas.

“*Tercero*: Se asegura el concurso inmediato de los valiosos recursos ya adquiridos y la ayuda continua, incansable, del exterior —de que los firmantes son autores o testigos y de que con su honor dan fe— en la certidumbre de que la emigración entusiasta y compacta tiene hoy la voluntad y capacidad de contribuir a que la guerra sea activa y breve.

“Actuando desde este instante en acuerdo con esas resoluciones, tomadas en virtud de las demandas expresas y urgentes de la Isla, del conocimiento

de las condiciones revolucionarias, dentro y fuera del país, y de la determinación de no consentir engaño e ilusión en medidas a las que ha de presidir la más desinteresada vigilancia por la vida de nuestros compatriotas y la oportunidad de su sacrificio: Firmamos reunidos estas resoluciones en Nueva York en 29 de enero de 1895.

”En nombre del general Gómez, José María Rodríguez, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano: JOSÉ MARTÍ.— ENRIQUE COLLAZO.”

Esa fué la orden que Juan Gualberto Gómez hizo circular; y la que —luego de consultar a los jefes de las localidades— se acordó que la fecha precisa en obediencia a la orden, fuera el 24 de febrero.

Horas después de firmada la orden para la Revolución embarcaron en Nueva York, en el vapor “Atlas”, Martí y los generales José María Rodríguez y Enrique Collazo para Cabo Haitiano, donde les había prometido Gonzalo de Quesada situarles un giro cablegráfico a nombre del doctor Ulpiano Dellundé. Para ello le entregó importante suma la señora suegra de Gonzalo de Quesada, Luciana Govín, esposa del esclarecido patriota, doctor Ramón Miranda. Al llegar a Cabo Haitiano el doctor Dellundé entregó a Martí el dinero girado. Con cinco mil pesos más contribuyó Eduardo Hidalgo Gato. Y con importante cantidad los emigrados de la Florida.

La noche del 6 de febrero partieron de cabo “Haitiano” para Montecristi, a las pocas horas de haber llegado, los tres viajeros y el general Ángel Guerra que se les unió. Amanecieron el 7 en Montecristi, donde los esperaba el general Gómez. El viejo guerrero multiplicó sus energías en la tremenda proporción en que cayeron los recursos de la Patria. Con Hidalgo Gato, que en septiembre tenía entregados a los conjurados de la Habana siete mil pesos, había enviado Martí en enero cuatrocientos pesos más. Un cablegrama de Juan Gualberto Gómez con las palabras convenidas —“Giros aceptados”— significó el acuerdo final para la guerra.

Un enviado del general Gómez a Santiago de Cuba —Pablo Borrero— fué preso; pero la orden circulada para la sublevación fué distribuída por Juan Gualberto Gómez en todas las provincias. Emilio Giro y otros enviados de Maceo y Crombet ratificaron la orden. El general Rodríguez, enviado a la capital dominicana, regresó a Montecristi el 25 con la noticia de haber estallado la Revolución el 24 de febrero. En junta de generales, presidida por Gómez, se rogó a Martí desistir de su propósito de ir a la guerra. El Maestro mostró un ejemplar del *Herald*, que anunciaba su traslación al teatro de operaciones. En realidad Martí no podía faltar a la cita de guerra que él mismo había dado a su Patria. Su genio, superior a cuanto había producido Cuba en siglos de civilización, era indispensable a la guía de la República. Sólo él poseía la autoridad moral suprema para desviarle conflictos a la Revolución: para asegurar con la libertad la eficacia de la guerra.

En infinitas diligencias apremiantes para la traslación inmediata a Cuba el general en Jefe, Máximo Gómez y sus compañeros de Santo Domingo, y de los expedicionarios de Costa Rica, con los Maceo y Crombet al frente, pasó Martí un mes de febril ansiedad.

Sin recursos ya para los grandes desembarcos proyectados, envió dos mil pesos a Maceo, que negóse con tan exigua suma afrontar los gastos y la responsabilidad de su expedición, la que fué preciso confiar al general Crombet, quien había declarado suficiente esa suma para llevar la reducida expedición a Cuba. Con la misma suma se ofreció a llevarla el comandante Enrique Loynaz Arteaga, según anota Martí en su carta de 30 de abril, dirigida a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra desde el campamento de Filipinas. “La dirección —escribió el Apóstol— puede ir en una uña.” Pudo pensar Martí que algo quedara de los dos mil pesos entregados a Maceo de la colecta efectuada por cubanos prominentes de San José en ocasión de su última visita. Con cantidad análoga contaba para la traslación de Gómez, mermado ya el giro de cinco mil pesos remitidos por Quesada a Dellundé a causa de sucesivos gastos. Y de él había de reservar tres mil pesos para la goleta que los llevaría a Cuba, cuya compra fué impuesta por el Capitán conductor.

Había estallado la guerra, y tan apremiante como ir a dirigirla era explicar al mundo el carácter y los propósitos que la justificaran.

En una modesta casita de tabla, sombreada por naranjos, y habitada por el gran Libertador y su hospitalaria familia, trazó Martí las páginas inmortales del Manifiesto de Montecristi, del que dijo Charles Dana, Director del *Sun* que era “el documento de mayor belleza y medular concepto que pueblo alguno enarbó al frente de su heroico esfuerzo por la libertad.”

SEGUNDA PARTE. LA GUERRA DEL 95

I. El 24 de febrero de 1895

A la resolución de la guerra veíase Martí obligado por los apremios de la Isla —singularmente del Gral. Sanguily— en el momento en que acababan de perderse en Fernandina los cuantiosos recursos del Partido Revolucionario. En el aspecto político parecía oportuno y aun inaplazable el alzamiento. En Oriente el ilustre Bartolomé Masó al frente de las organizaciones de Manzanillo y Bayamo; en Santiago de Cuba Guillermo Moncada secundado por la juventud principal, en la que descollaban Rafael Portuondo y Mariano Sánchez; en Guantánamo Pedro Agustín Pérez, que realizaba el milagro de convertir a la causa de Cuba las terribles escuadras que en la guerra anterior fueron el más fuerte sostén de España; en Baracoa Félix Ruenes, los Galano y los Lores que intensificaban la propaganda separatista; en Jiguaní actuaban Rabi y los Lora; en Holguín un gran periodista, José Miró Argenter, que encendía las almas, desde su periódico *La Doctrina*, y a cuyas arengas revolucionarias daban entusiasta concurso los *Feria* y los *Manduley*. En el Camagüey, antes reacio, el suceso de la introducción de las armas había encendido la llama revolucionaria, a despecho de los azucareros y ganaderos que enviaron un comisionado al general Gómez para desanimarlo de intentar la guerra. En Las Villas contábase con el general Carrillo y cruzaban el territorio los emisarios de Serafín Sánchez. En La Habana y Matanzas se multiplicaban Juan Gualberto Gómez, Antonio López Coloma, Pedro Betancourt, los hermanos Guillermo y Pedro Acevedo, Alfredo Arango, Luis Mola, Joaquín Pedrosa, Tranquilino Latapier y otros jóvenes impacientes que ansiaban la orden de pelea del general Julio Sanguily, cuyo valor había merecido de Agramonte la inmortal jornada del rescate y junto a él otro de los bravos del 68 aguardaba órdenes: el general José María Aguirre. En Pinar del Río inspiraba esperanzas un patriota, ya fuera de la ley: Carlos Socarrás.

Aunque precarios, no faltaron del todo los recursos. Antes de la expedición de Fernandina ya había Martí enviado dos mil pesos que recibió Enrique Collazo del señor Eduardo Hidalgo Gato, que además de sus contribuciones a la Revolución prestaba este arriesgado servicio. Con el mismo señor Hidalgo Gato remitió Martí siete mil pesos más a Juan Gualberto Gómez para los revolucionarios de La Habana y Matanzas que alegaban facilidades para

comprar en La Habana armamentos y sólo necesitaban el dinero para su adquisición. Además los secuestros realizados con temerario valor por Manuel García contribuyeron con más de quince mil pesos para los preparativos revolucionarios, entregados directamente a los conjurados. Negóse a aceptarlos Martí, y escribió con ese motivo a Juan Gualberto Gómez estas palabras señeras: "La República debe venir pura desde la raíz."

Después de la catástrofe de Fernandina, que agotó el tesoro del Partido Revolucionario, no fué posible dedicar nuevas remesas a los grupos de La Habana y Matanzas. Los de Oriente —los más importantes de todos— nada solicitaron, ni los del Camagüey. Con los auxilios pecuniarios de la señora Govín de Miranda y de Eduardo Hidalgo Gato y remesas a última hora recibidas de Tampa y Cayo Hueso pudieron pagarse los pasajes de Martí y sus acompañantes a Santo Domingo y devorverse mil pesos a Mr. Borden, —el amigo de Martí, aunque Cónsul español en Fernandina— por los gastos que adelantó ocasionados por los fletes, y descarga de las armas y su traslación a bordo, así como los causados en la defensa contra el embargo de las depositadas en su almacén. Lo restante, en partes casi iguales, lo dividió Martí entre la expedición del general Máximo Gómez y la del general Antonio Maceo, a quien remitió dos mil pesos oro a manos de un joven comisionado, Frank Agramonte. Ya no era posible emprender la partida de doscientos expedicionarios que a Maceo y Crombet debían acompañar. Pero esa suma, que no quiso aceptar el general Maceo por juzgarla insuficiente, bastó al general Crombet para trasladar a los generales y una veintena de acompañantes a Jamaica y a la Isla Fortuna y a Cuba. La dirección confiada a Crombet no interfería la autoridad militar de Maceo.

Para la expedición de los generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez no quedaba a Martí dinero disponible. Quedó confiada al generoso patriotismo de los cubanos de Cayo Hueso, y su partida sólo demoraría lo que la colecta de los recursos indispensables. Para explicar, de taller en taller, y en el teatro "San Carlos" la necesidad apremiante de recursos para nuestra expedición, me envió Martí a Tampa, y de allí a Cayo Hueso, donde luego me acompañaron Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Los Collazo y Charlie Hernández quedaron con el mismo objeto en Tampa. Esta apelación al patriotismo de la emigración colmó con sus resultados nuestras esperanzas. El teatro "San Carlos" llenó las bandejas circulatorias con grandes sumas de dinero y montones de prendas, reliquias de la familia cubana. La mujer cubana sentía el mismo entusiasmo que sus hermanos: las madres, las esposas, las novias se enorgullecían de ver a los suyos en el camino del honor, sin detenerse a medir la enormidad del sacrificio; los tabaqueros atronaban el taller con el ruidoso aplauso de sus chavetas cuando tocaba a sus puertas la demanda del nuevo sacrificio; en Martí se creía como en un Dios. Los aprestos en el exterior y la inquietud en la Isla decidieron al Gobierno Español a dictar inmediatas órdenes de represión. En la noche del 23 de febrero el Capitán General Callejas publicó un Bando poniendo en vigor la Ley de Orden Público de 23 de junio de 1870, y cuatro días después otro declarando en estado de sitio las provincias de Santiago de Cuba y Matanzas. En Santiago de Cuba, donde era Gobernador Capriles, varios jóvenes con el

periodista Eduardo Yero fueron al campo, pero volvieron el 23, autorizados para irse a Santo Domingo. Salieron también para el extranjero Urbano y Francisco Sánchez Echevarría. Pero los grandes cubanos de cuya resolución iba a surgir la República acudieron con anticipación a sus puestos de honor. El general Bartolomé Masó se trasladó a su finca "La Jagüita" dos días antes del 24 de febrero señalado para el grito de la Independencia. Al amanecer del histórico día desplegó en Bayate, al frente de numerosos sublevados la Bandera de la Estrella Solitaria.

Para ratificar el grito de Independencia con la acción inmediata y heroica ordenó el general Masó a Amador Guerra el asalto del fuerte Cayo Espino. Al mediodía ya lo había tomado al machete el valeroso Caudillo.

En Guantánamo el general Pedro Agustín Pérez, secundado por Emilio Giro —emisario de Maceo— Enrique Thomas, Enrique Tudela, Enrique Brooks, Lino Dou y otros muchos lanzaron en la misma mañana el grito de "Libertad o Muerte" y por la tarde habían tomado el fuerte de Jamaica.

En el Aserradero el general Guillermo Moncada, que casi moribundo acudió a la cita del honor, desplegó la bandera uniestelar en la misma mañana del 24, secundado por Rafael Portuondo Tamayo, Mariano Sánchez Vaillant y otros jóvenes distinguidos de Santiago de Cuba: a tiempo que en El Cobre se alzaban Quintín Bandera y Alfonso Goulet.

En la plaza de Baire —en las primeras horas de la tarde— Saturnino Lora acompañado de sus hermanos Mariano y Alfredo Lora y de numerosa hueste llamó al pueblo a las armas. Pero, influenciado por fuerte grupo autonomista, que en esos momentos se le unía y por los consejos del abogado Alfredo Betancourt Manduley —cuya presencia en la población tenía por objeto extraviar del propósito de la Independencia la rebeldía popular— dió un mísero viva a la Autonomía colonial y enarboló la bandera que le trazó el abogado astuto de la sumisión: una bandera española cruzada por dos franjas blancas diagonales. Estaba en presencia la eterna intriga autonomista, halagando el natural sentimiento de rebeldía del cubano para conducirlo a la política del sometimiento: la intriga de siempre, que ahora surgía para limitar la gloria del Ejército Libertador. Mas, no tardaron los sublevados de Baire en reaccionar vigorosamente por el ideal de la Independencia y a las órdenes del valiente veterano de la década, Jesús Rabí, ganaron en las inmediatas acciones de "Los Negros" y "El Cacao" laureles nuevos para la Estrella Solitaria.

En Holguín había empuñado las armas de la libertad el gran periodista José Miró y Argenter. En todo Oriente sentíase la sacudida formidable de la Revolución.

El Camagüey, desorientado por la influencia de los directores del Autonomismo, y de algunos interesados en la prosperidad azucarera, pareció reacio al esfuerzo emancipador. Perdió en acomodos y tanteos la iniciativa libertadora que Martí quiso ofrecerle con mi aparición en sus campos, malograda por la obstinación de Maceo en tenerme a su lado en Costa Rica, pero el mismo 24 de febrero, para honra del Camagüey, empuñaron las armas Mauricio Montejo y Ángel Castillo y un bravo veterano de la guerra anterior, Francisco Recio, al frente de dos grupos de sublevados.

En Las Villas sobaban los patriotas impacientes por tomar las armas, pero la salida al extranjero del general Francisco Carrillo, que por sus grandes merecimientos y gloriosos servicios militares, era el designado para guía del movimiento revolucionario, paralizó de súbito la acción de los conjurados.

En Matanzas y La Habana fué adversa la suerte a los revolucionarios. El general Julio Sanguily y el coronel Francisco Aguirre fueron presos en la misma mañana del 24 de febrero en momentos de partir al cumplimiento de su misión. Horas antes, víctima de la traición de uno de sus compañeros, había caído asesinado en campo cercano a Ceiba Mocha el temerario Manuel García cuando al frente de un escuadrón rápidamente reclutado y con la bandera de Cuba al frente marchaba a proteger la sublevación —malograda por esta causa— del doctor Pedro Betancourt y su grupo que regresaron el siguiente día a Matanzas. Sólo dos pequeños grupos, después de tantos preparativos y tan impacientes demandas de la orden de guerra se sublevaron en estas provincias: el de Juan Gualberto Gómez y Antonio López Coloma al frente de catorce sublevados en Ibarra y el del doctor Martín Marrero, que con treintiocho valerosos compañeros se sublevó en las inmediaciones de Jagüey Grande y pudo sostener combates antes de ser por abrumadora persecución dominado. El de Joaquín Pedroso fué desbandado y muerto su valiente jefe al dirigirse a Aguada de Pasajeros. Algunos jóvenes —entre ellos Charles y Jorge Aguirre y Alfredo Arango— tuvieron que unirse a Matagás en la Ciénaga de Zapata. Juan Gualberto Gómez y Antonio López Coloma fueron copados en los montes del ingenio "Santa Elena". Apresado y fusilado López Coloma, tuvieron Gómez y los demás que rendirse en Sabanilla del Encomendador, donde, a poco de combatir, también hubo de capitular el Dr. Marrero con los suyos.

II. Primeros alzamientos en Oriente y Occidente (Por Juan Gualberto Gómez)

A principios de febrero de 1895, recibí una comunicación firmada por José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, José María Rodríguez, *Mayía*, representante del general Máximo Gómez y Enrique Collazo, comisionado de la Junta Revolucionaria de La Habana, en la que, respondiendo a excitaciones que se les habían dirigido, autorizaba el levantamiento de la Isla, para la segunda quincena de febrero.

Inmediatamente reuní en mi casa a los que organizaban la revolución en las provincias de La Habana y Matanzas y decidimos enviar emisarios a Oriente y Las Villas, con el objeto de impetrar su conformidad para hacer la sublevación en el plazo indicado, reservándonos fijar la fecha definitiva, cuando esos emisarios regresaron. A Camagüey no se le envió comisionado, porque hacía poco que había regresado uno, con la noticia de que esa comarca no estaba dispuesta a figurar entre los iniciadores del levantamiento, aunque sí se prepararía para secundar el que se produjera en condiciones que le parecieran viables. El Dr. Betancourt, de Matanzas, fué comisionado